

DEVOTO DEL DIABLO. JAIME SAENZ: MÍSTICO Y POETA



Entrevista realizada por SERGIO SUÁREZ FIGUEROA

En esta tierra de amautas, nieves, transparencias y sangre, la gente alcanza de vez en cuando dimensiones extraordinarias; ondulando invisiblemente entre luces y sombras, como reptiles celestes en la aglomeración espesa, sobreviviendo con una endemoniada modestia, luciendo en el pecho y en el alma el sello a fuego de la categoría de los genios. Jaime Saenz es uno de ellos.

Profundo como raíces de un alma atormentada, Saenz es sin duda el más grande poeta boliviano. Enigmático y contradictorio, tiene en sus manos la ternura que acaricia la negra cabellera de los niños y que comparte un mendrugo de pan con un mendigo. *Esto es* tuvo el privilegio de estar con él, que está tan arriba como un César Vallejo, y que vive orgullosamente, ignorando el sitio que ocupa en la humanística de América.

Comenzamos a conversar con él en el lenguaje suave a que su voz invita, mientras dibuja sobre un papel, con un lápiz negro, enmarañadas líneas que luego le robaremos hábilmente.

— Lo que generalmente se designa como poesía es sólo una forma de la literatura. En realidad, poesía es toda creación artística, tal como lo delata su raíz griega. Por ejemplo, toda gran novela es poesía. Poesía es también el Moisés de Miguel Ángel.

— ¿Cómo podría definirse la «creación artística»? Nuestra pregunta parece disgustarle un poco. El no se siente quién para *recitar* definiciones. Pero nuestra insistencia logra una respuesta:

— Es una síntesis, a menudo dolorosa, en la que se reúnen grandes atributos del espíritu y de la elevación del alma.

Dios brilla en sus ojos cuando habla. Saenz parece, por momentos, un iluminado. Sostenemos sin mayor gracia que:

— Dios también es un creador.

— Sí, contesta, el Grande, el Único, el Gigantesco Creador de todo. Creador de nosotros, que se-

guimos sus pasos, con humildad infinita, creando siempre, infatigable, irremediamente.

A modo de comentario apuntamos que, sin embargo, hay artistas que no creen en Dios. Que lo niegan. Y responde con energía:

— No tiene nada que ver. Negar a Dios no significa destruirlo.

— ¿Entonces, para usted, Jaime, no hay duda ninguna de que Dios existe?

— ¡Con el más apabullante poderío y la más ineludible de las presencias! Contesta.

Nos mira un instante. Sus manos continúan esos enredos que enigmatizan las páginas de sus libros de magia. Y dice lentamente, con un tono contradictorio, entre infantil y dogmático:

— Yo, yo soy profundamente creyente. Soy un místico. Si no, no sería nadie ni podría ser lo que soy. En toda mi obra hay una fuerza mística. Véase, sino, mi *Muerte por el Tacto*. Allí, la poética es una suerte de enigma, es una cosa hermética que me viene de Dios.

— Pero Jaime, corre usted el riesgo de terminar confesando que no es usted más que un «médium», le decimos.

La respuesta es inmediata, fluida y suave:

— Un médium no es nunca un creador. Jamás podría serlo. Cuando digo que *Muerte por el Tacto* es hermética, lo digo en cuanto a símbolos. A los que allí están encerrados.

— Pero esos símbolos, Jaime, ¿no pueden explicarse más claramente?

— Claro que pueden. Precisamente esos símbolos están desplegados, movilizándolo todos los elementos poéticos del hermetismo de mi *Muerte por el Tacto*, en mi próxima novela que se llama *Felipe Delgado*. (Saenz trabaja hace 7 años y medio, sin interrupción en su novela, y cree que hasta fines de año podrá terminarla).

Hablamos, pues, de la novela. Recuerda que la primera gran novela que leyó fue *El crimen y el castigo* de Fedor Dostoiewsky (sic), pero cita casi de inmediato a *Los Hermanos Karamazov*, *Madame Bovary*,

La Montaña Mágica. Y añade:

— Insisto en que la novela, la grande, no es más que poesía, la forma más universal y humana de la poesía.

Pensamos, sin interrumpirlo, que Jaime Saenz es más «poeta» que novelista, pero que parece ser, o querer ser dentro de él, más novelista que «poeta». Tímidamente sondeamos las influencias que pudiera haber recibido, en su vida de profundo creador. Su contestación es dicha con esa franqueza de martillo forrado en seda que tiene para volcar, desde muy hondo, su sinceridad sin descaro:

— Nadie puede negar influencias, dice. De los grandes maestros, del paisaje, de la tierra, del dolor. Nadie es original. Lo que sucede es que hay modos y modos de recibir esas influencias.

— Suponemos que la influencia llega a unos como el conquistador que absorbe y asimila al conquistado, y a otros como...

— Exacto, nos interrumpe. Exacto, exacto. Pero en otros, la influencia es asimilada por el que la recibe, entonces la elabora y la vuelve fértil y factor de creación.

— En mi juventud, además de leer Dostoiewsky [sic], me sentí deslumbrado por Tamayo. Era y sigue siendo mi ídolo. Algún día comprenderán en Bolivia y en el mundo quién fue Tamayo. (Su melancolía da rienda suelta a su desengaño. Sin criticar a nadie, sin quejarse, se conduce de que el patrimonio de Tamayo no sea cuidado ni valorado por nadie en este país).

— Su casa, que debía ser un santuario, dice, ha sido comprada por una compañía comercial. De una casa solariega que era, ha sido convertida en conventillo y será luego una tienda, fría y mercantil. No será el templo sagrado al que debieran ir los bolivianos con místico respeto. Y qué decir de sus libros, desperdigados, de su viejo y aristocrático automóvil, de su piano.

Pero Jaime Saenz se concentra nuevamente, y mirándonos a los ojos con su brillo infernal, y su sonrisa que se acomoda en las comisuras de sus labios, nos dice:

— Pero queda su obra.

Hablamos de Tamayo. El lo conoció y lo recuerda con ternura.

— Es un genio en toda la acepción de la palabra. Cambiamos un poco de tema, respetuosos, para no despertar tristes recuerdos en este otro genio no valorado que es Jaime Saenz. Sin saber bien qué

hablar, le preguntamos si no hay incompatibilidad entre el periodismo del que él vive, y su calidad de escritor. Contesta:

— ¡Guay del que pierda el contacto con la realidad! Debe mantenerlo a toda costa, para sacar de ella la gran poesía, el gran canto a la vida. De la propia realidad, fluye la otra, la mágica, que al mismo tiempo es satánica y divina.

Llegando al tema de la realidad, lo llevamos hacia el de su generación.

— Mi generación está frustrada, dice. Me apena mucho, me siento desgraciado por ello. Es una lástima, pero tantos valores han claudicado, se han rendido ante la pequeña tentación del vivir cómodo. Han dejado de ser lo que eran, han dejado de hacer lo que tenían que hacer.

Y luego de meditar, muy dentro de sí mismo, con voz casi inaudible sostiene:

— Hay que ser lo que se es, a toda costa, a cualquier precio. Por nada del mundo hay que abandonarse. Yo me siento a mis anchas, sin embargo, con la gente en general, sean o no de mi generación. Pero en especial con esos seres perdidos, con los que pueblan las bodegas y las tabernas, los que no ponen la pequeña comodidad, la mezquindad, por encima de su alma.

Vuelve a meditar, y como hablando de sí mismo agrega:

— Es gente que ha tenido el coraje de cortar amarras, de quemar buques. Además, son mis contemporáneos en el espacio. Ellos están en la totalidad más absoluta. Comprenden que hay cosas más importantes que la vida misma.

Y nos recuerda una frase de Colón: NECESARIO ES NAVEGAR; VIVIR NO ES NECESARIO.

— He ahí, dice, una totalidad espeluznante, que nos agobia cuando tratamos de eludirla.

La conversación sigue por esos caminos, y de repente sentimos como la necesidad de hablar del centro mismo de lo demoníaco. La voz de Saenz está ya como introduciendo a Satanás. Al fin, aparece, sin fuegos azules ni azufres malolientes. Decimos:

